

# Variedades de la luz y del abandono

*¿En qué se parecen un palacio de cine, una cátedra y una catedral? Quizás en la forma en que la luz los abandona. Hace muchos siglos ya que las metáforas lumínicas nutren el modo en que pensamos la relación entre los espacios físicos y el conocimiento. Tomemos en cuenta que en algunos de los más notorios espacios construidos en Occidente se desplegaron variedades peculiares de la luz: en la nave de la iglesia, entre púlpito y pupitre, y en la sala de cine. Sin embargo, en los actuales tiempos asistimos al lánguido desplome de la luz, en especial de aquella que durante un siglo alumbró la moderna cueva de Platón: la sala de cine.*



Capçalera 63 España

**U**na tradición occidental remonta la más simple y ambiciosa de las metáforas lumínicas, la fórmula lingüística con que se inicia *La Biblia*. También Platón postuló una alegoría luminosa en la cual un distante orificio -por arte de cámara oscura- podía alumbrar y trasto-

CHRISTIAN FERRER, argentino. Sociólogo, profesor en la Universidad de Buenos Aires.

car la perspectiva borrosa de la mirada humana. La luz y la sombra, como metáforas de la verdad, recorren el pensamiento occidental y también la historia de las técnicas con las que se iluminan almas, conciencias y ciudades.

## El poder de la luz

Se conoce la función luminosa de las grandes vidrieras instaladas en las iglesias góticas. Los *vitraux* permiten mos-

trar las sagradas escrituras o los episodios vividos por los santos bajo una nueva luz. Aquí luz es lumen y su dínamo está en el cielo. Por su parte, el perímetro que contiene al aula y a la ilustración ya es un lugar común, en donde la tiza puede ser imaginada como tubillo de neón que hace resplandecer en la pizarra la publicitación de los espacios públicos. En la cátedra, la luz es *lux* de ciencia y su fuente está en la naturaleza, cuando

no en ecuaciones algebraicas. En la sala de cine la relación entre proyector, tela y sentido de la vista es muy compleja.

Si el cosmos rural, que en siglos pasados rodeaba a la iglesia y a la cátedra, era un anillo de sombras proyectado por el reino de la oscuridad, en un caso, y por el oscurantismo religioso y la tradición conservadora, en el otro; a las salas de cine la circundan y acosan una miríada de tecnologías y de materiales de por sí iluminadores: de la instalación del alumbrado público en las capitales a la arquitectura vidriada, y de los haces de luz que escudriñan las prisiones a los rayos catódicos que emite la televisión.

La iluminación del alma es efecto de la rigurosa atención religiosa, y el método científico o la explicación conceptual median entre la fórmula o la teoría y la ilustración de la conciencia. Pero en la sala de cine el punto ciego donde todos los haces de luz se alean es bastante inasible: quizás la contemplación de cine sea una suerte de variante nueva del sueño, que un siglo antes pudo conocerse como "ensoñación"; o un pliegue misterioso -y refractario a su electrificación total- de la ciudad, de por sí transforma-

da en una enorme obra visual en construcción, algunos de cuyos reflectores apuntan sobre objetos que han de ser admirados o consumidos y otros sobre cuerpos que han de ser vigilados.

### La luz del poder

Por supuesto, no porque se instalen claroboyas coloreadas, se apliquen métodos científicos y se tomen exámenes o se pongan en marcha los proyectores de rollos de películas, las luces encuentran su camino hacia el alma, la memoria o la imaginación. De época en época, la organización sensorial del cuerpo se trastoca con cada desplazamiento de la relación entre metáforas lumínicas y espacios donde se despliegan saberes. Pero la iluminación del cráneo y del costillar nunca ha sido tarea exclusiva del Abad, la Ley 4112, Edison o Bill Gates.

Quien instalaba vidrios y espejos o quien dirige focos de luz mantiene relaciones constantes con las instancias de poder: el sistema visual de la catedral (el baño de oro sobre la madera, las joyas refulgiendo en el altar, las enormes vidrieras, la genuflexión de las rodillas) muestra también la magnificencia eclesiástica y no solo la diafanidad celeste. El sistema visual de la cátedra (la lectura ilustradora, la atención visual prestada al pizarrón y la sonora al sermón del maestro, el plegamiento del cuerpo sobre el pupitre) no solo muestra la majestad de la ciencia, también la fijación de cada cuerpo en una inmensa óptica social, sistema panorámico bien analizado por Michel Foucault. En la sala de cine no solo se muestran productos oníricos sino también sistemas de estrellato, instrucciones morales, postales de historia y el oropel y cetro de los poderosos. De la llama de la vela a la bombita eléctrica se han transmitido patrimonios culturales clasificados o tergiversados.

También las actuales redes mediáticas -de las cuales la televisión es la más expandida- han creado su propio campo sonoro y su sistema de iluminación; pero aquí la soledad ante el control remoto dispone el tartamudeo visual del aparato a modo de contraprestación. En la experiencia televisiva, el relumbrón se dirige no tanto a expandir las capacidades del sentido de la vista sino a excitar su reactividad perceptiva, ante la cual puja -movimiento de diástole y sistole- con una irresistible fuerza de atracción. Y si en

las iglesias también se instruye a los miembros en las técnicas ascéticas, y en el aula en las técnicas racionales del pensamiento, la televisión lo hace en las técnicas modeladoras de la atención visual, cuyos objetivos son justamente disciplinar la tendencia de los humanos a la distracción. Y si bien es cierto que no pocas veces la televisión congrega y reagrupa a través del fútbol, el rock, los dibujos animados, una película o un acto político, muchos de estos espectáculos y acontecimientos pueden ser presenciados *in situ*.

La nostalgia de algunos episodios televisivos, sentida y recordada espontáneamente entre amigos o entre desconocidos, es nostalgia de niñez, de adolescencia o de un momento único de felicidad, pero no es nostalgia por el aparato ni por su espacio. Las correspondencias entre el palacio de cine y la catedral, si las hubiera, no estarían sustentadas en la calidad artística de la película programada para la función, ni en la calidad lingüística de la misa pronunciada aunque, evidentemente, un cine vacío no cumpla con los mismos requisitos que una iglesia donde la liturgia está ausente: los cristos, los santos, las cruces, incluso el silencio estacionado, pueden confortar. Sin embargo, toda celebración pertenece a la gente autoconvocada y no a las ritualizaciones.

### El lánguido desplome de la luz

¿Estará contenida en cada una de las ondulaciones de la luz mencionadas la noticia y modalidad de su deceso? La luz siempre ha parecido eterna: cíclica la natural, constante y en expansión la científica, rotativa la proyectada sobre una tela. Pero la chispa divina se apaga, el siglo de las luces ya ha quedado rezagado y el declive de la feligresía cinéfila anuncia las últimas funciones de las salas de cine. Los espacios arquitectónicos donde se instala la luz pueden ser abandonados ante la irrupción de metáforas más extremas: el eureka pudo resonar más fuerte que el amén y la imagen digital releva al carrousel de fotogramas. Una de las metáforas filosóficas más intensas de este siglo, la pronunciada por Martin Heidegger, supone que la luz del ser se vela. El nihilismo, gran capirote, sería su germen patógeno ineliminable. Quizás la luz solo vuelva como un chisporroteo sonoro de la memoria. Los

**T**ambién las actuales redes mediáticas -de las cuales la televisión es la más expandida- han creado su propio campo sonoro y su sistema de iluminación; pero aquí la soledad ante el control remoto dispone el tartamudeo visual del aparato a modo de contraprestación.



Imágenes Libres, El Salvador

*"La luz y la sombra, como metáforas de la verdad, recorren el pensamiento occidental y también la historia de las técnicas con las que se iluminan almas, conciencias y ciudades"*

vínculos de la luz con la memoria son misteriosos porque el globo ocular parece rotar sobre un eje trenzado por tres amarras distintas: las melodías sonoras, el tapizado pictórico y las sobras de la memoria. Y el testimonio ocular solo produce una "descarga" ante ciertos estímulos lingüísticos que pellizcan esas cuerdas.

Cuando un sistema lumínico se retira de un espacio arquitectónico solo quedan las ruinas de sus instalaciones luminosas y quizás ecos: el griterío del naufragio, los quejidos de los prisioneros llevados a otras tierras o las oraciones semiolvidadas de los que aún volvían al templo aunque estuviera vacío. Así, cuando los españoles llegaron a Chichen-Itzá, despoblada dos siglos antes, todavía encontraron caravanas que venían desde Guatemala a realizar sacrificios humanos en el Cenote Sagrado. Pero no es preciso que desaparezcan físicamente las instituciones para que un espacio sea abandonado. Los sonidos propios de nuestras aulas universitarias todavía resuenan pretenciosos: el monólogo horario del muezín, las palabras cruzadas, las interrupciones militantes,

el rumor de fondo, los ronquidos, el rasguído disector de tiza y birrome, el tránsito y el pasillo, percusionistas. En fin, la sequedad científica y la meditación en voz alta, que ya ocultan malamente al agónico impulso que desplegó a la escuela y a la universidad, que reorganizó la tradición de la lectura y la escritura, y que diera origen a profesiones liberales y al "intelectual público".

También llegará el día en que las salas de cine sean abandonadas (y quién sabe si ese día no ha llegado ya). Se anuncia que en poco tiempo más un satélite podrá enviar directamente a cada pantalla privada de televisión una película recién "estrenada". Se tratará del mejoramiento de un sistema de negación del cine que ya está instalado entre nosotros a través de las "señales" que son enviadas directamente a los videoclubes sin pasar por las salas de estreno. Si en algunas décadas más una persona ingresa a un cine abandonado que no haya sido reciclado como supermercado, templo esotérico o discoteca, quizás aún pueda escuchar carcajadas sueltas, gritos contenidos, roces de brazos pasando sobre hombros, efusiones de variado ti-

po, lágrimas, cuchicheos infantiles, el tono bajo de los enamorados, el dolor evocado, la memoria restituida, las complicidades fugaces, la confusión corporal en el pasillo de salida, el susurro de telones y cortinas, el lejano y apagado timbre del teléfono de la boletería. Si el visitante tuviera el oído verdaderamente atento escucharía entonces las voces y los actos allí cumplidos en todas, en absolutamente todas las funciones que hayan tenido lugar en ese cine a lo largo de los años. En la tapicería auditiva resultante sería difícil distinguir lo banal de lo memorable, la fiesta del espectáculo, el entretenimiento de séptimo día del séptimo arte, el aislamiento de la comunidad instantánea allí convocada.

Ese abandono ya lo han sufrido las iglesias, y mucho antes los templos paganos. En las ruinas de los templos paganos o en los anfiteatros antiguos ya no se escucha nada, pero quien ahora visite una iglesia vacía todavía podría llegar a escuchar resonancias desvaídas de sermones, de coros, lamentos, responsoarios, pedidos de gracia, plegarias, confesiones y fórmulas lingüísticas apropiadas tanto como el parloteo, el chismo-serio, las exclamaciones, el secreteo, los chistidos y las blasfemias. Aquí, el visitante debería tratar de distinguir el habla del verbo. Algo nada sencillo si se piensa en el vínculo poco claro que une a luz, lenguaje y saber.

En todo espacio que fuera vivido en común quedan residuos: moais o memorias. En un campo de batalla siguen recuperándose desperdicios bélicos décadas más tarde y en los espacios que fueran iluminados resta una borra apenas descifrable, esquivas sonoras de lo que fue dicho, estelas de la luz que se fue. Para recuperar centellas aisladas se requiere de un arte de oídos muy afinado y de un pozo de imágenes infiltrado en las ojeras. Una artesanía auditivo-visual semejante lo habría desarrollado únicamente quien fuera capaz de percibir el alarido del pasto pisado en nuestra marcha cotidiana. Pues incluso la hoja reseca musita un estruendoso grito de agonía. El crujido de las instituciones se muestra primero en el lánguido desplome de su luz, sobre las cuales una nueva voluntad de poder ya está coronando la erección de un nuevo sistema luminoso. Y como desde antiguo se sabe, su nombre es esfinge. ❁